

Paul Muni—, nos presentaron los defectos del sistema penitenciario del Sur de Norteamérica, y el encanallamiento del gansterismo, «protector de industrias». Veintitantos años después, todos hemos visto la proyección de «La ley del silencio».

Sin embargo, hay un terreno vedado y casi inédito. Ha faltado valor para abordarlo de una forma clara y definitiva. Se trata del aspecto racial de las relaciones humanas. Lo poco que se ha realizado en tal ambiente, lo ha sido de forma fragmentaria, anecdótica y deformada.

¿Por qué ha sido así? Las razones pueden ser múltiples: económicas, políticas, morales...

De una forma breve y concisa —circunscrita a un determinado número de cintas cinematográficas proyectadas en España en los últimos años (1)—, voy a intentar una somera clasificación que demuestre la veracidad de las anteriores afirmaciones sobre la falta de valor existente en el «cine» yanqui. De propio intento, he dejado a un lado películas como «Revolución en Haití» y «Tulsa», en donde la discriminación racial está muy velada, o como «Kit Carson», en donde todo resulta odioso para la estirpe hispánica.

La primera diferenciación que salta a la vista, es la variada manera de enjuiciar las cosas, según que los hechos se refieran a los negros, o a los indios o a otras razas de sangre más o menos cobriza. De la simple consideración del pequeño inventario que acompaña como anotación a este artículo, se desprende que por tres «films» que tratan de la raza negra, se pueden oponer nueve que se refieren a otros colores de piel.

Quizá algún día, y como reconocimiento a unos notables valores artísticos —musicales, líricos y dramáticos—, escriba algo sobre unos cuantos apellidos norteamericanos, cuyos portadores pertenecen a razas de color (2) e incluyendo a otros «morenos» de linaje celtibérico, como Eduardo Brito, Ignacio Vila, «Bola de Nieve», Lorenzo González y los hermanos Barreto.

En tres grupos se pueden clasificar las cintas cinematográficas anotadas, si bien, algunas de ellas, por la índole de su argumento, pertenecen a más de uno de dichos apartados convenidos.

En primer lugar, tenemos el ejemplo de aquellas películas —casi todas convencionales—, en las que, el suceso, de un modo más o menos dramático, se desenlaza con un final de color «rosa», en el que se ha omitido cuidadosamente no sólo la ceremonia nupcial de los protagonistas, sino hasta la palabra «boda» en algunas de ellas. En el mejor de los casos, los amantes presuntamente se casan; pero la cuestión de fondo no se ha resuelto, continuando el problema en pie, con toda la secuela de amargas consecuencias que en el futuro se pueden producir (3).

Otro de los casos que se nos presentan es el de la pareja de amantes

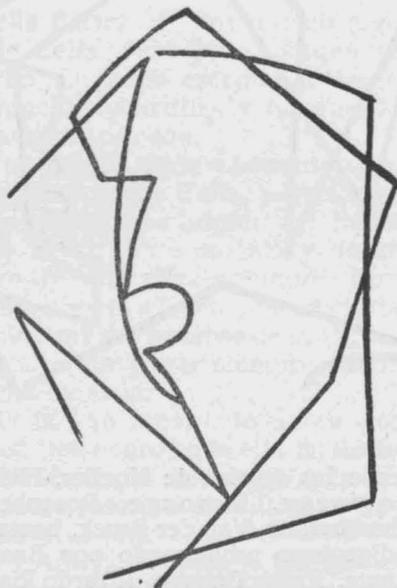
—blanco él, de color ella—, que, unidos por el amor, la mujer muere (o ha muerto con anterioridad al comienzo de la acción de la película), quedando vivo el fruto de estos amores, cuando lo hay (4). En el mejor de los casos, si la mujer no muere, queda sola, acompañada por los de su raza. Eso, sí, cargada de razón (5).

Hasta aquí sólo se ha tratado de las relaciones entre blancos, indios, pieles rojas y polinésicos. En la exposición de esta clase de temas hay ya especialistas, como el director cinematográfico Delmer Daves, realizador de las películas «Ave de Paraíso» y «Flecha rota».

Ahora observemos el punto más delicado: el de las acciones en que intervienen blancos y negros (6).

En síntesis el argumento de las tres películas a que antes aludía, es el siguiente:

Un fuerte y elevado muro separa a unos y a otros. A pesar de ello, acci-



dentalmente se produce un incidente. Entonces, blancos y negros, derriban el paredón que los mantenía aislados, y se atacan despiadadamente. De pronto, de forma casi milagrosa, el ambiente se aclara y la lucha cesa. Después, ambos contendientes vuelven a edificar el muro. Cada uno tiene su razón; la paz ha renacido, pero siguen viviendo separados: se ignoran, no se comprenden. Sólo se han unido para luchar unos contra otros. Ni una sola vez el amor humano ha intervenido para nada, como no sea para mostrarnos en silencio un fruto prohibido.

El caso más claro que ante nuestra vista se ha presentado, es el de «Pinky». Vemos a la abuela de Pinky —representada por la actriz negra Ethel Waters—, que es una negra «betún». Ni el abuelo, ni los padres de la protagonista aparecen por ninguna parte, y ni siquiera se les menciona.

Pinky es una «cuarterona» de sangre muy clarificada o quizá una «torna-

trás». Las leyes de Mendel se han cumplido; se ha producido una regresión y la piel de la joven es tan clara como la de un blanco. Como no es albina, es de suponer que su abuelo, su padre, o ambos a la vez y quién sabe cuántos de sus antepasados eran de raza blanca. Dado el desenlace de la película y lo que a lo largo del argumento se desarrolla, se puede suponer que Pinky es un ilegítimo fruto del amor (?). Los «genes» de Pinky dieron un paso atrás, y ella se nos presenta como totalmente carente de los rasgos diferenciales de la raza negra.

En fin: Pinky tiene un novio blanco; Pinky hereda a una mujer blanca; Pinky es atacada ferozmente. Pinky es objeto de los deseos carnales de blancos y negros; Pinky sostiene un pleito.

Pinky gana el pleito porque tiene toda la razón. Y Pinky se queda completamente sola con su razón, con su justicia, con su fe y con su caridad.

Como es de suponer, Pinky no se casa con el blanco.

Una vez más se demuestra la terrible y dolorosa verdad que, metafóricamente, se contiene en el irónico verso del que es autor un festivo poeta español:

«A perro infiel, despachallo pronto».

FERNANDO ESPEJO

(1) «Lanza Rota»: Spencer Tracy, Robert Wagner, Jean Peters, Richard Widmark y Katy Jurado.

«Ave de Paraíso»: Louis Jourdan, Debra Paget y Jeff Chandler.

«Más allá del Missouri»: Clark Gable, María Elena Marqués, Ricardo Montalban, John Hodiak, Adolphe Menjou, Jack Holt y John Carrol Naish.

«Tambores lejanos»: Gary Cooper, Mary Aldon y Niven Busch.

«Veracruz»: Gary Cooper, Burt Lancaster, Sara Montiel, Denise Darcel, César Romero y Ernst Borgnine.

«El Capitán King»: Michael Rennie, Terry Moore y Tyrone Power.

«Pinky»: Jeanne Crain, Ethel Barrymore, Ethel Waters y William Lundigan.

«El piel roja»: Van Heflin, Ivonne de Carlo y Jackie Oakie.

«Flecha rota»: James Stewart, Debra Paget y Jeff Chandler.

«Retorno al Paraíso»: Gary Cooper, Roberta Haymes, Barry Jones y John Hudson.

«Un rayo de luz»: Ricard Widmark y Linda Darnell.

«El pozo de la angustia»: Richard Robert, Barry Kelly y Henry Morgan.

(2) Marie Tallchief, Lena Horne, Ethel Waters, Marie Anderson, Josefina Baker, Dorothy Dantridge, Olga James, Paul Robeson, Joe Adams, Harry Belafonte, Fishermann, Duke Ellington, Louis Armstrong y Lionel Hampton.

(3) «Lanza rota», «El Capitán King» y «Veracruz».

(4) «Ave de Paraíso», «Más allá del Missouri», «Tambores lejanos», «Flecha rota», «El piel roja» y «Retorno al Paraíso».

(5) «Lanza rota».

(6) «El pozo de la angustia», «Un rayo de luz» y «Pinky».